



“Los premios no son más que un recordatorio del esfuerzo”: Úrsula Tinoco

La actriz mexicana, con una carrera en ascenso en Nueva York, estrena la obra *Muerte en el Nilo*

ANA MÓNICA RODRÍGUEZ

Si de algo está convencida Úrsula Tinoco es que su profesión siempre será interpretar a personajes con diversos matices, pues “su pasión” es y será la actuación.

Tinoco, de 30 años de edad, quien ha consolidado un lugar en el teatro neoyorquino y recibido distintos premios como el de la Asociación de Cronistas de Espectáculos de Nueva York (ACE), entre otros, aseguró a *La Jornada*: “Uno como artista, en desarrollo, a veces piensa mucho a dónde quiere llegar y se fija metas; pero el problema es que no disfrutamos el camino, el cual definitivamente, es donde vamos a pasar más tiempo, que cuando uno llega al objetivo”.

A una hora del estreno de la obra *Muerte en el Nilo*, basada en el libro de Agatha Christie, en El Barrio's Artspace, Tinoco recordó que la actuación se apoderó de ella, de manera accidental, cuando tenía 12 años, pero después siguió participando en obras escolares.

“Luego de graduarme en la preparatoria, seguí tomando clases de actuación y haciendo proyectos independientes. Pero cuando llegué a Nueva York a estudiar a los 21, tenía el sueño de ser actriz de cine, pero ahí descubrí un universo maravilloso de teatro latino, en el que convergía talento de muchos países”.

Su primera obra fue *El burlador de Sevilla*, montada en agosto de 2015, “donde conocí a más productores y directores que me invitaron a otras obras y proyectos; y así fue cómo decidí quedarme” en la cosmopolita y progresista urbe.

Desde entonces, la carrera de la mexicana avanzó a la velocidad de dos premios por año; el primer galardón fue en 2016, cuando ganó en el TEBA Comedy Festival en la categoría de Mejor Actriz. A partir de ese año, ha acumulado nueve premios en el circuito de teatro latino. El más reciente —el tercero— que le ha otorgado la ACE.

Sostuvo: “Los premios no son más que un recordatorio del esfuerzo que se hace para conseguir tus sueños. Mentiría el actor que dijera que no le gusta ganar premios, es algo bonito, pero sólo como un reconocimiento a un trabajo que hiciste”.

Si bien su carrera va en ascenso, también tuvo obstáculos, los cuales —aseguró Tinoco— sólo quedaron en anécdota. “El primer año que estuve aquí, no encontraba nada, pues uno no es del país y hay discriminación también en muchos teatros; a veces, me preguntaba si había tomado la decisión correcta de haberme quedado a trabajar acá”.

Ahora su camino lo tiene claro: “A futuro quiero hacer obras en inglés y cine, aunque me encanta el teatro en español”. Entre sus personajes más icónicos recordó

▲ Úrsula Tinoco ha consolidado un lugar en el teatro neoyorquino y recibió distintos premios, como el de la Asociación de Cronistas de Espectáculos de Nueva York. Foto cortesía de la actriz

el de la duquesa Isabela en *El burlador de Sevilla* o a Victoria, de la comedia *Por fin*, “una chica que se embarazó y narra las batallas que afrontó, incluida la infidelidad de su marido”.

Sin duda, “me encanta hacer diferentes obras, personajes y brincar de géneros, pero lo real es que me dan personajes con cierta elegancia, mujeres fuertes; eso es lo que tiendo más a hacer porque es como mi tipo, pues tengo voz grave y me dan roles femeninos muy luchadores, pero también villanas, que también se me da muy bien”.

En este sentido, sobre su participación en *Muerte en el Nilo*, explicó: “Mi personaje es el de la escritora, quien está algo loca y todo el tiempo vive en el melodrama; y cada cosa que le sucede lo convierte en una historia digna de ser contada en un libro; pero también le gusta el alcohol, se la pasa coqueteando y haciendo chistes hasta el final de la obra”.

Úrsula Tinoco es egresada de The Lee Strasberg Theatre & Film Institute, además ha participado en alrededor de 25 obras y como actriz bilingüe, además del teatro español, ha destacado en montajes como *Twelve angry jurors*.

“Quiero hacer cine, estar en el festival de Sundance y en el de Tribeca”, afirmó la actriz quien no descarta trabajar en México e incursionar en el séptimo arte nacional.

Una película de policías

CARLOS BONFIL

¿De qué manera abordar en el cine uno de los temas más controvertidos en México, el comportamiento de los cuerpos policíacos y la compleja relación que mantienen con la ciudadanía? La manera más sencilla sería señalando, por enésima ocasión y en tono de denuncia, los pretendidos vicios proverbiales: el soborno o “mordida” y un abuso de poder que goza de una impunidad absoluta. En *Una película de policías* (2021), su tercer largometraje, Alonso Ruizpalacios (*Güeros*, 2014; *Museo*, 2018), ha elegido una estrategia diferente, más interesante: dar la palabra a los propios servidores públicos en una narración que entremezcla ficción y documental, y hacerlo por medio de dos personajes emblemáticos, la joven policía de 34 años María Teresa Hernández (interpretada por Mónica del Carmen) y su pareja sentimental y de trabajo, un hombre conocido como Montoya (Raúl Briones), dos años menor que ella. Cada uno describe su rutina diaria y las circunstancias, familiares o sociales, que les llevaron a escoger un empleo pésimamente remunerado (mil 500 pesos limpios a la quincena, en palabras de Teresa), plagado de frustraciones y peligros, con reconocimientos casi nulos por parte de la sociedad.

Dividida en cinco segmentos, la película ofrece en sus dos primeras partes los testimonios alternados de Teresa y de Montoya, en calidad de narradores, quienes se dirigen a la cámara rompiendo toda barrera entre sus personajes y los espectadores. Ese procedimiento es particularmente notable en la secuencia dramática en que la mujer policía enfrenta el reto mayúsculo de improvisarse como partera debido a la tardanza de una ambulancia incapaz de atender oportunamente a una mujer a punto de dar a luz. La escena desmiente la falta de empatía de la gente hacia policías verdaderamente comprometidos con una vocación de servicio. El resto de la cinta mostrará, sin embargo, que ese tipo de entrega desinteresada por parte de la policía es algo poco común o, al menos, escasamente visibilizado en los medios. Lo que la ciudadanía sabe de los cuerpos policíacos procede a menudo de lo que ve en la televisión, en el cine o en la prensa sensacionalista. Desde ahí se generan los estereotipos y se afianzan los prejuicios. También los modelos de afirmación

masculina que llevaron a un Montoya más joven a emular el trabajo de su hermano mayor policía, quien con su gorra y uniforme siempre le pareció muy *dandy*. Para Teresa, integrarse a una corporación esencialmente viril implica derribar o negociar a diario el *bullying* y los acosos sexuales, lograr estar en pie de relativa igualdad con el resto de los compañeros, como lo muestra la secuencia de persecución a un delincuente dentro del Metro, misma que protagoniza de modo formidable.

En el tercer segmento de la cinta, Teresa y Montoya revelan su intimidad sentimental y refieren un pasado ingrato a lado de sus parejas anteriores. Su armonía afectiva actual semeja, según reza una canción popular, “un alivio para dos fracasos”, y una buena manera de superar un inicio de desequilibrio emocional y propensión a la bebida, en el caso del hombre, así como cualquier inseguridad en ella. En el cuerpo policíaco su sintonía laboral y afectiva causa sensación.

Todos los identifican como la patrulla del amor. Esa visión idílica del compañerismo tiene como contraste amargo la incompreensión ciudadana que resienten los policías entrevistados: “A nadie le importa si un policía muere”. Sucede todo lo contrario en el caso de un delincuente a quien a menudo la gente de su barrio, la banda de su cuadra, lo solapa y protege. “Te escupen o te mientan la madre”. Es lo que hay, no hay de otra. Sin ensalzar heroísmos gremiales ni transformar en villanos a trabajadores mal pagados, la cinta de Alonso Ruizpalacios propicia un debate insoslayable en un clima social de inseguridad aguda. Y lo hace de manera sobria y con imaginación creativa. La manera astuta de dinamizar y reordenar la narración en sus dos últimas partes (todo un giro sorpresivo para el espectador), fue sin duda lo que decidió al jurado de la Berlinale este año a conceder un Oso de plata a la contribución artística para Yibran Asuad por su trabajo de edición. Otros aciertos son el diseño de sonido a cargo de Javier Umpierrez, la fotografía de Emiliano Villanueva y una estupenda dirección de actores. La paradoja incomprensible es que el jurado del pasado Festival Internacional de Cine de Morelia no haya valorado con justicia las cualidades de esta cinta y la haya dejado ir sin un solo premio.

Se exhibe en Cineteca Nacional, Cine Tonalá, Cinemanía, Cinemex, Cinépolis y en la plataforma Netflix.